

AQUEL 28 DE MARZO

HAN pasado tan sólo dieciocho años, y sin embargo, cuán lejana nos parece esta fecha de 28 de marzo de 1939 ¡Veintiocho de marzo! Los recuerdos, las nostalgias y las evocaciones se agolpan en nuestras mentes y borbotean en nuestros corazones. Todavía, después de dieciocho años, la emoción nos embarga al recordar cómo llegó la paz a MADRID. Había empezado la primavera, las flores brotaban en los campos y la alegría en los corazones. Las cárceles se abrieron y por las calles de Madrid paseaban victoriosas, entre gritos y aclamaciones de la multitud, aquellas banderas que manos patriotas habían bordado allá por noviembre de 1936, cuando las tropas nacionales cercaron la capital de España y las turbas marxistas levantaron aquellos calvarios de nuestra Cruzada que se llaman Paracuellos de Jarama y Torrejón de Ardoz. Pocos días después se extendía por el mundo entera la gran noticia: «La guerra ha terminado». Y la paz llegó con los primeros brotes; pero la paz del Ejército de Franco no se fué cuando las flores se deshojaron o cuando la pradera se agostó. Ahí está, firme y decidida, al cabo de dieciocho años. He aquí la razón de que, a pesar de ser tan corto el período que nos separa de aquella fecha, se nos antoje tan lejana. Que la abundancia y la tranquilidad nos hace olvidar los días aciagos, las penumbras y los sinsabores.

Y no obstante, todo lo que ocurrió antes no debe ser olvidado. Aquel río de lágrimas y sangre que hicieron de la Patria inmensa tumba, es inolvidable. Y no se debe olvidar porque el odio nos impida ser benignos, no; ni mucho menos porque nos sintamos jueces implacables, sino por exigencia de una razón superior. Hela aquí expuesta en cuatro palabras: porque el dolor y el sacrificio son fecundos e incluso hasta su misma evocación. Por esto, los ex cautivos, a quienes con gran honor para mí represento, hemos montado guardia permanente para proteger este tesoro, que tiene, como alguien de los nuestros ha dicho, más valor que el oro nacional, pues si éste lo robaron, aquí sigue celosamente custodiado por un sentir, por una forma de pensar.

Por esto he querido titular estas cuartillas mías con la palabra «evocación». He querido que sean como un alto en el camino de la vida, como un replegarse del espíritu, como un remanso en nuestra existencia, en el que se pueda recordar y meditar. Porque lección es la del recuerdo, que vale como prudente aviso; porque el recuerdo servirá para que muchos se despierten de su cómodo letargo; porque recordar es un signo falangista y un claro deber de los ex cautivos y ex combatientes españoles, que no olvidan, pero que también saben que el perdonar es una obligación cristiana.

Si miramos atrás, ¡cuántos faltan!, mas esto no debe sobrecogernos. Los nombres de los que sufrieron por la causa de la Religión y de la Patria son y fueron siempre aquellos a quienes la Humanidad tuvo más estima. No debe sobrecogernos, pero sí debe aleccionarnos. Y sacar las consecuencias que los desvíos y los abandonos traen. Si España pasó por trances tan amargos, si existieron esas horas terribles de las cárceles rojas, fué porque los españoles no supieron reaccionar a tiempo y tuvieron que buscar la paz por la dura y cruenta senda de la guerra.

Evocar, sí, y al evocar pensemos los españoles a quienes debemos el que se abrieran las puertas de la libertad, el que se rompieran para siempre las cadenas de la opresión, de la avilantez y la tiranía.

Evocar supone inexorablemente meditar. Y esta meditación nos lleva a una conclusión: que España no había encontrado su pauta hasta aquel 29 de octubre de 1933, cuando un hombre joven, recién lanzado a la palestra política, empezó a hablar, contagiando de fe a un grupo pequeño, pero selecto, de españoles. Cuando su voz clamó «que nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo y en lo alto las estrellas». Cuando un hombre de fluída palabra, con ademán noble y sencillo, predicó un orden nuevo, que ni era de derechas ni de izquierdas, sino español a secas, porque para salvar a un pueblo no hay que dividirlo en banderías, sino agruparlo en una masa fuerte y decidida. Un orden nuevo, sí, cuya implantación exigía muchos y largos sacrificios; un orden nuevo por el que había que luchar primero y vencer después.

El empeño era ciertamente difícil, pero propio de hombres. Soldados que lucharon en Simancas y Oviedo; que labraron su gesta con la sangre de Toledo y Santa María de la Cabeza; gentes de mar que abrieron la ruta del Estrecho y que supieron morir alegremente por España sobre las cubiertas del *Baleares*; valientes de Somosierra; tercios de Oriamendi y camisas azules de las Falanges de Castilla, Galicia y Andalucía, ¡con qué abnegado espíritu supieron lanzarse a la reconquista de España, conducidos por la mano providencial del Caudillo Franco! Epopeya gloriosa, escrita en un fraternal abrazo por los hombres que alzaron la bandera política de la unidad y la gran deza patria, esa bandera que hizo posible que convivieran en una misma celda el diplomático y el mozalbate que vendía periódicos jonsistas, el aristócrata y el menestral; esa bandera que hizo posible que murieran abrazados en un mismo sentir el hombre maduro de formación liberal y el camarada de camisa azul. Esa bandera que cubre con amor a millares y millares de gloriosos caídos, cuya lista inmortal encabezan los nombres impercederos de José An-tonio, Víctor Pradera, Calvo Sotelo, Ledesma Ramos, Mola, Ramiro de Maeztu, Onésimo Redondo y Sanjurjo, capitanes de un ideal de unidad patria y de una España mejor.

¡Cómo no alegrarnos de aquel 28 de marzo, antesala de la Victoria! A tres días tan sólo de la liberación total de España, la esperanza que ilusionó a los madrileños durante cerca de treinta y seis meses inacabables, se ha convertido en feliz realidad. Y llegó la Victoria, como consecuencia inexorable de tantas heroicas aportaciones y de un Caudillaje genial. Y después — ¡cómo no evocarlo en esta exacta y apasionada enunciación de recuerdos históricos! —, el desfile conmemorativo de la batalla final. El Vencedor estaba allí, en aquella tribuna florecida bajo los árboles. El pueblo le aclamaba y sobre el asfalto centelleaban millares de bayonetas. Ha terminado la guerra y cobró la paz. Y surgió luego el milagro, porque el Vencedor, al dar reposo a la espada, se transformó en el Caudillo de todos los españoles. Y las ruinas desaparecen, y el suelo yermo se labra, y la industria se reconstruye, y la religión prevalece y la fraternidad se implanta. Por esto se le aclama y se grita entusiastamente: ¡¡ Franco, Franco, Franco !!

Han pasado dieciocho años y el pueblo ha vuelto a unir sus voces — una y mil veces — en honor de su Héroe. Y es que esta triple invocación sueña en los campos de España con los mismos acordes de marcha triunfal, de ilusiónada esperanza, que en aquel venturoso 28 de marzo de 1939, cuando empezábamos a sonreír a la primavera.

MARIANO OSSORIO AREVALO
Marqués de la Valdavia.

Un gran pintor eslavó al servicio de la provincia de Madrid.

"No es necesario salir de la provincia para compenetrarse con la historia de España", dice Miguel Ourvantzoff.

En colaboración con la Diputación está recogiendo las estampas más bellas de la provincia, que publica en unos cuadernos litográficos de cada partido judicial.

HA recorrido el mundo. Nació en San Petersburgo, a orillas del Neva, allá por el año 1897. Desde la ventana del Occidente, recordando el calificativo de Pedro el Grande, vivió la contienda del 14 y luchó en Siberia durante la guerra civil rusa. Y un día saltó a América y volvió a «vivir» en Perú. Bajo la sombra tranquila de los incas sintió la llamada de lo español y se vino a España, y aquí lleva con nosotros más de cinco años, lleno de ilusiones y haciendo todo lo posible por «burguesarse». Pero quizás, para conseguir esto último, le falte organización a este hombre sencillo y afable.

Miguel Ourvantzoff, ese pintor maravilloso que le ha salido a la provincia de Madrid, está frente a nosotros con su indeciso castellano y diciendo cosas como ésta:

—No importa lo que usted pinta, lo que usted hace en la vida; ni cómo pinta, ni cómo vive: lo principal es ser primero y único en lo que uno pinta o en lo que uno hace.

—¿Y usted es único y primero en lo suyo?

—En España tengo un privilegio más grande. Como extranjero, selecciono los temas con más imparcialidad.

No ha contestado así a la pregunta. Pero a lo largo de la charla, Ourvantzoff nos va a ir acostumbrando a estas respuestas que, dichas con ese acento especial, tienen hasta gracia. Mira muy fijamente al hablar y tarda en buscar la palabra exacta, y no dice nunca lo que no le interesa decir. No obstante, en sus inconcisas respuestas vamos descubriendo al hombre y, cómo no, al artista. Al artista del que ha llegado la hora de hablar.

—Soy —dice— impresionista y no detallista.

—¿Y qué es —preguntamos— lo que más le impresiona?

—El paisaje urbano. Las casas, las calles, los castillos; donde hay vida humana o huellas humanas.

—Es decir, busca la obra del hombre —concretamos, mientras él contesta afirmativamente, con ese lenguaje internacional de los gestos, y añadimos—: ¿Cómo lo busca?

—Huyendo de las fotos; no me gusta hacer fotografías. Me dejo simplemente emocionar y me muevo dominado por esa emoción.

—¿No se sujeta entonces a la realidad?

—Sí... Procuro interpretar fielmente la realidad, aunque sin poner una frontera rígida entre la realidad y el sueño.

—¿Influenciado por procedimientos modernos o ultramodernos?

—Sinceramente, no. No puedo adaptarme a ellos por falta de emotividad.

—Entonces, ¿cómo se adapta mejor?

—Con una pintura más rápida, que lleve menos tiempo, y sin entrar en detalles, que quitarían personalidad a la obra y al motivo que se intenta representar.

—¿Cómo da más personalidad a su obra?

—Preocupándome esencialmente del dibujo.

En todo arte pictórico la base es el dibujo. lo demás es casi secundario. Por eso soy un gran admirador, y lo utilizo mucho, del noble arte de la litografía —precursor del offset—, que está injustamente olvidado, y que es, a mi juicio, el procedimiento de impresión más sincero, ya que el lápiz litográfico no permite rectificaciones y hace posible, con sus rasgos fuertes, sus seguros matices y medios tonos, captar la plenitud del dibujo.

—Hemos observado —seguimos preguntando a Miguel Ourvantzoff— en sus cuadros un dominio acertado del color. ¿Algún camino o alguna técnica especial siguió para conseguirlo?

—El colorido debe ser armonioso, de muy pocos colores en la paleta, pero es cuestión de sentir y de gusto, no de una técnica determinada que necesita años para dominarse.

Y mientras el artista continúa ampliándonos sus interesantes puntos de vista, va mostrándonos una selección de sus obras. En ellas destaca el tema, el paisaje y las cosas en general de Castilla. Ourvantzoff es, no cabe duda, un gran intérprete de Castilla. Y, naturalmente, ante su obra nos preguntamos: ¿Qué verá este pintor eslavó en estos paisajes? ¿Qué puede sentir un hombre que ha recorrido el mundo ante la tierra parda y dura de Castilla?

—Castilla —confiesa— tiene una belleza especial, una belleza absolutamente especial, muy difícil de captar, pero que entusiasma con su aspereza, su seriedad y hasta su tragedia. El paisaje castellano —añade, en contraposición con lo que acaba de decir— no tiene, sin embargo, nada de bello, ni nada fácil; ahora, justamente, esta desnudez de su campo, este sabor de todo su conjunto, es lo que despierta y provoca al mismo tiempo una sensación de grandiosidad y hace comprender mejor el papel de Castilla en la Historia mundial.

Y metido en Castilla, surge Madrid y su provincia. Es decir, el tema que nos ha traído a él y ha hecho posible la entrevista:

—La provincia de Madrid —dice— es un continente que a cada paso nos sorprende con algo nuevo y distinto; con otras costumbres, con otras comidas y otros ambientes. Y poco a poco, dentro de su aparente monotonía y aspereza, nos descubre mundos nuevos y distintos capaces de dejarnos llevar por la emoción.

—Y de la provincia, ¿qué le emocionó más?

—Toda ella; no quiero hacer distinciones. Pero nosotros sí, e insistimos en la pregunta. El pintor sigue dudando.

—¿Es que no hay algo que le llame más la atención?

Al final sonríe y contesta:

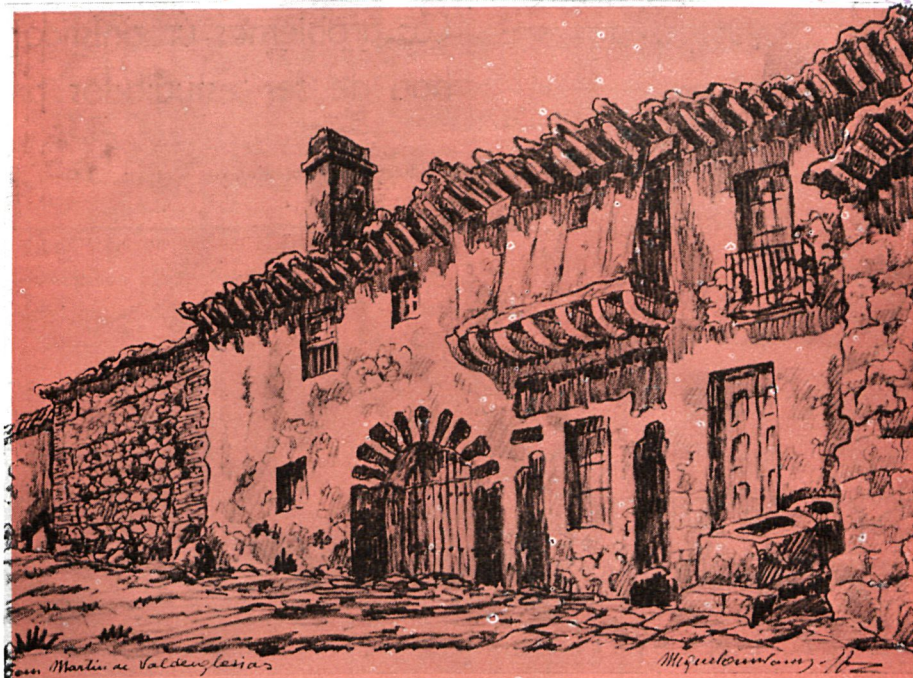
—Las misteriosas ruinas del castillo de Fuentidueña del Tajo; el pueblo de Patones, dibujado casi como en un cuento de hadas; la grandiosidad casi infrahumana de El Escorial; el ameno y alegre pueblo de San Mar-

tín de Valdeiglesias; el Alcalá de Henares de hoy, evocando siempre su glorioso pasado; las frías aguas del Lozoya, que reflejan el recinto amurallado de Buitrago, envuelto en un desolador paisaje de piedra que da miedo; Aranjuez, la decadente —dice, si no es una ofensa—, cortesana y versallesca; Chinchón, que conserva todavía el puente que nos lleva a las ruinas de su castillo, y esa plaza —rie ahora abiertamente— que le hace sentirse a uno torero; Torrelaguna, con el recuerdo de su Cardenal; la torre de Pinto; el castillo de Batres, con la fuente romántica de Garcilaso de la Vega, etc., etc.

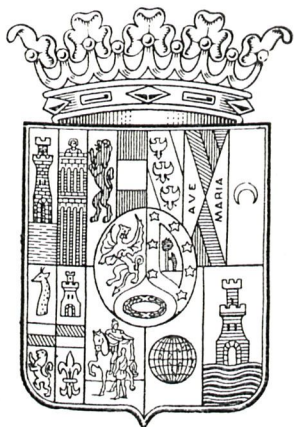
Fué esta una pregunta que quiso eludir, pero justificando su admiración hacia nuestra provincia, Ourvantzoff sigue hablando de ella...

—Y no se les olvide citar a Navalcarnero, con su iglesia... En fin, un extranjero no necesita salir de la provincia de Madrid para compenetrarse con la historia de España y entender el papel que tocó a España en el desarrollo cultural y moral de la civilización.

Termina así la conversación con este hombre influenciado únicamente por el genio humano cuando él ve que da algo grandioso. Entonces lo pinta y tarda unos treinta minutos en hacer una acuarela, y un icono en tres semanas. Es esta última otra de las facetas distintas que él domina con gran maestría, como lo demostró en el salón bizantino de la Exposición de Tierra Santa, salón de 150 metros cuadrados, de paneles decorativos, en el que representó desde Santa Elena hasta la invasión de los persas. Es, pues, también especialista en temas religiosos, pero aquí vino como pintor de la provincia de Madrid y como eso le tratamos, cumpliendo el ruego final que nos hizo de hacer pública la colaboración y las facilidades que le ha proporcionado en esta tarea la Diputación Provincial de Madrid. Gracias a esta colaboración, hoy numerosas obras suyas recorren el mundo con paisajes y temas en general de nuestra provincia, independientemente de los Cuadernos que ha pintado y editado sobre castillos de la provincia de Madrid, San Martín de Valdeiglesias, Alcalá de Henares y el de Torrelaguna, a punto de salir a la calle.



DESPUES de editar un cuaderno con estampas litográficas de los castillos de la provincia, Ourvantzoff ha publicado ya los cuadernos correspondientes a los partidos judiciales de San Martín de Valdeiglesias y Alcalá de Henares. En breve saldrá el dedicado a Torrelaguna y, uno a uno, el resto de los partidos judiciales que faltan. Como muestra de esta labor reproducimos unos grabados típicos de Alcalá de Henares y San Martín de Valdeiglesias.



Los problemas urbanísticos y económicos de la capital han de ser estudiados proyectándolos a la provincia

de Segovia, Guadalajara, Cuenca, Toledo y Avila.

De nada serviría —dijo no hace mucho aquella alta personalidad, según nuestras noticias— que la capital de España resplandeciera por su monumentalidad, sus sectores residenciales, sus grandes avenidas, si se conserva a su alrededor un cinturón pobre y mísero, postergado durante siglos, con una población que vive anacrónicamente, sin medios de comunicación y sin posibilidades de superar ese nivel de vida que todos anhelamos. Los problemas de Madrid han de ser abordados con los de su provincia. En esto no hay duda. Buena prueba de ello es el propósito decidido de lanzar la industria pesada a treinta o más kilómetros de la capital: a Colmenar, Aranjuez, Alcalá de Henares, Chinchón, Navalcarnero... Se dijo autorizadamente que Madrid será allí donde llegue el agua del Lozoya, incrementadas ya con las del Jarama y, en el futuro, con las del mismo Tajo. Las zonas residenciales se proyectan junto al bloque guadarrameño, en medio de esos bosques que tan afanosamente está pro-

ESTA YA DECIDIDA LA INDUSTRIALIZACION DE LA PROVINCIA

NO es nuestra la idea. ¡Ojalá tuviéramos la clarividencia de que el ilustre autor ha dado prueba! Representa dominar profundamente los arduos problemas económicos, sociales y urbanísticos, tanto de la ciudad como del campo; conocerlos, estudiarlos, estar en la más avanzada línea de las ciencias sociales.

Tenemos que destacar la enorme importancia que han de tener los futuros planes urbanísticos e industriales proyectados para el desarrollo de la provincia de Madrid.

La incógnita que tiene, mejor dicho, que tenía planteada la capital de España era ésta:

¿Se quiere que Madrid sea un centro representativo, la auténtica sede del Gobierno y del Cuerpo diplomático, el domicilio social de la industria y del comercio de la Nación?

¿O se quiere que se convierta en un inmenso complejo industrial, del que salga material pesado, aviones, autobuses, material siderúrgico con altos hornos, etc.?

Y la incógnita ha sido resuelta definitivamente por la más alta autoridad que podía hacerlo. Madrid tiene su misión propia: la de ser la capital de España.

Pero los problemas planteados en nuestra ciudad hay que observarlos desde un alto punto de vista, con profunda proyección, no fijándose sólo en esos 660 millones de metros cuadrados del actual Municipio, sino en los 8.614 kilómetros cuadrados que es la extensión de toda la provincia, el auténtico centro geográfico de la Península, limitado por las

ESTUDIO DE LA POBLACION INDUSTRIAL

Si nos paramos un poco para estudiar su censo de población, advertiremos la enorme oportunidad que brinda la provincia para esta transformación. De los tres millones y medio de habitantes con que cuenta, dos de ellos aproximadamente están afincados en la capital y pueblos recientemente anexionados, es decir, en los 660 kilómetros cuadrados de superficie que constituyen hoy el Municipio de la ciudad. El resto, millón y medio poco más o menos, se esparce por la provincia en los ocho mil kilómetros. La población industrial está integrada por 137.470 productores en la capital y 58.118 en los demás pueblos, lo que también pone de manifiesto el agobio que hoy sufre la sede del Gobierno.

Y para hacer más ostensible el contraste, vamos a consignar la clase de grupos industriales, con la población que los utilizan:

GRUPOS INDIVIDUALES	POBLACION QUE UTILIZAN	
	La Capital	Los pueblos
Pesca...	13	40
Minas y canteras...	221	990
Industrias de la alimentación ...	4.085	2.621
Industrias químicas ...	1.620	525
Artes Gráficas...	5.188	568
Textiles...	412	359
Confección...	9.871	1.411
Cueros y pieles ...	3.783	1.372
Industrias de la madera..	8.565	3.618
Metalurgia...	393	92
Trabajos en metales...	14.707	5.629
Trabajos en metales finos.	884	117
Construcción ...	25.484	26.165
Transportes ...	22.014	6.426
Electricidad, agua y gas.	3.559	960
Cristal y loza ...	502	874
Otras varias ...	36.160	5.451
Totales...	137.470	58.118

Estudio de la población industrial en función a la superficie, tanto del municipio como de la provincia madrileños

liferando la Diputación con los cotos forestales que cada semana inaugura, llenos de promesas económicas y sociales, blasonándolos con historia bien reciente, sin acudir a la leyenda.

También prueba que los problemas no son sólo de la capital; el hecho de que ese viejo y vejado río Manzanares, limpio y cristalino, al ofrecer sus aguas a la voracidad industrial y urbana, se convierte en un caudal de suciedad y lleno de detritus para los pueblos allende del término, que son pueblos de la provincia a los que hay que tener en cuenta.

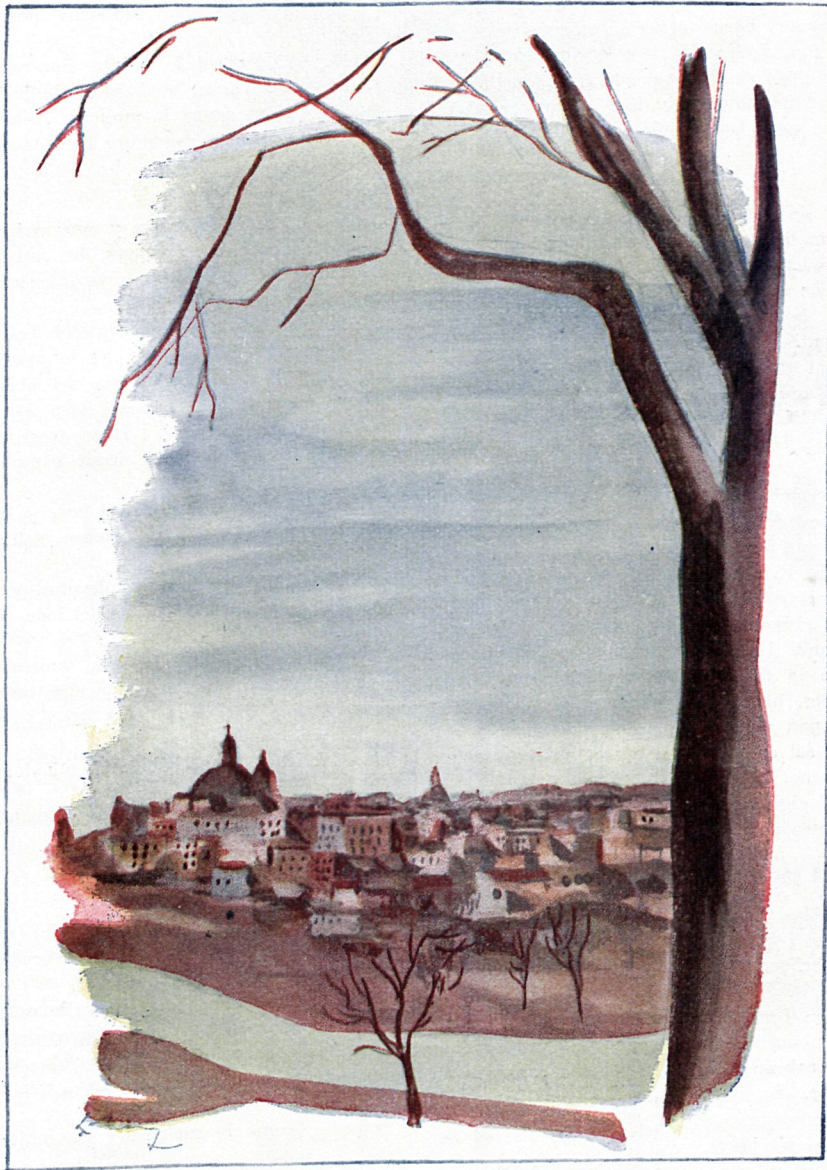
Desde este momento, en que los problemas se estudian así, no hay duda de que la profunda transformación de la provincia madrileña será un hecho. Costará mucho, quién lo duda, pero el fruto superará con creces los esfuerzos y desvelos.

Como lógica consecuencia, habrán de ser revisados los planes de urbanismo, los de los transportes colectivos, suministro y saneamiento de aguas, etc.

Un estudio detallado de la variadísima pequeña industria sería punto menos que imposible hacerlo. La relación alfabética de los productos que esta industria suministra ocuparía por sí sola muchas páginas.

Y en trabajos sucesivos estudiaremos los principales renglones de las grandes industrias.

F. HERNANDEZ MORCILLO



San Isidro Labrador: rosquillas tontas y listas, y pitos del Santo

EL SANTO, LOPE Y YO

PUES señor: el 15 de mayo, como todos los años, celebra su onomástica San Isidro Labrador, Patrón de Madrid. San Isidro era madrileño... Bueno, esto ya lo saben ustedes; aunque nuestro vate máximo, Lope de Vega, dice en su famoso poema «El Isidro» de una manera un tanto confusa: «de la Bética vino», y hace un juego de palabras con Isidoro (Isidro) e Isidoro, obispo de la ciudad bética, por ese afán de los poetas, y los que no son poetas, de buscarle tres pies al gato, que tampoco viene aquí mal lo del gato, pues Isidro y Lope y yo —que ahora ando a la cuenta— somos *de* Madrid. Y no es que ni Lope ni otro lopiano —Federico Carlos Sáinz de Robles— ni yo, que lo considero muy por encima de Calderón, dudemos de su madrileñismo, que lo de venir de la Bética no pasa de ser un tropo, o la fuerza del verso con aquel estro juguetero del buen Vega —*Vega soy y no río*— dice en su poema, que le hace sencillo, tierno y tan comprensivamente humano.

Y llegará el día 15, que es San Isidro, y apenas tendremos romería, a cambio de carreras de motos o cosa parecida, y que ningún teatro subvencionado represente alguna de las tres comedias que el buen Lope escribió en honor

del Santo Patrón, y si hay toros, será una corrida de menor cuantía, organizada para esta fecha, que debería ser o estar más señalada en el calendario de festejos.

* * *

Madrid tiene un Patrón y cuatro Patronas: Almudena, Atocha, María de la Cabeza y Paloma (la Dolorosa). La Virgen de la Almudena aparece en un cubo de la fortaleza matritense a tiempo de la fuga de la morisma dominadora. La de Atocha, en el atochar (campo de esparto), que aboca en la actualidad al barrio del Pacífico. María de la Cabeza lava los pañales del hijo que se cae al pozo; y por último, reaparece la Dolorosa, que el pueblo llamó «la Paloma». Aunque el Ayuntamiento de Madrid quiera restituirle su patronazgo a la Almudena, por el milagro y por la antigüedad, para el buen pueblo su virgen preferida es la Paloma.

En cambio, San Isidro no tiene competidores. El sólo es Patrón. Madrid lo acepta sinceramente, no porque carezca de dónde elegir, sino porque le considera bienaventurado y santo varón, credulote, cándido y confiado, que son las tres cualidades fundamentales del carácter madrileño, en el que no entra la malicia. Todo eso es lo que le aprecia Lope, que tiene sus puntos de crédulo, confiado y cándido. Yo también *temo* que algo de eso me roe.

* * *

Sin deportes, sin una obra de teatro digna de este día, con toros de segundo grupo, y unas vedijas de algodón celestial en ese firmamento goyesco que nadie como don Francisco el Sordo supo captar, he resuelto meterme por esos todavía vericuetos que se deben considerar «lugares por donde pasó San Isidro», cuyo itinerario —como se dice ahora— es fácil de reconstruir.

En la cuesta, hoy del Doctor Letamendi, está en pie el palacio que fué de los Vargas (don Iván), por no decirlo en castellano, Juan. Allí se presentó Isidro, todavía soltero, en demanda de trabajo. Se le mandó a la casa de campo de don Iván, también en pie, en la plaza de San Andrés, entre la posterior iglesia del obispo Vargas y la costanilla —todos aquellos terrenos de la familia Vargas—, en cuya casa labriega tuvo Isidro asiento y, al casar con María de la Cabeza, hogar. Por fortuna, nada de aquello ha sido derribado. San Isidro tuvo más suerte que su poeta, panegirista y biógrafo —en lo que cabe— Lope de Vega, cuya casa cuna está siendo demolida sin el menor respeto.

Isidro se despertaba aún de noche. Con el calor del lecho iba a la cuadra, removía el heno y la paja, palmeaba el lomo de las bestias, que se dice eran bueyes, aparejaba un borriquito y, con un gozque, saltando a los calcañares, tomaba el camino de las tierras que araba.

Atravesando la Puerta de Moros, que abría en Humilladero de Santa María a los devotos, y las tabernillas a otros devotos, a campo traviesa, diríjase cuesta abajo hacia el río (1), y por las trochas del lado diestro entraba en el barbecho que, andando el tiempo, iba a ser Pradera y Ermita.

Amanecía cuando Isidro penetraba la reja de su arado en el surco, preparándolo a la sementera. Nadie supo, hasta que casado lo descubrieron labradores envidiosos, que el bienaventurado oraba al tiempo que los bueyes, conducidos por ángeles, hacían su trabajo de labrador.

Isidro comía pan y queso, como un pastor.

Hasta que el sol empezaba su ocaso, no regresaba a la casa labriega. Eran, habitualmente, las seis en invierno y las ocho en verano.

Isidro, como vulgarmente se dice, se acostaba con las gallinas y se levantaba con los *mediados gallos*, de que habla el «Romancero del Cid».

TONTAS Y LISTAS

Todos los pueblos tienen sus dulces de fiestas. Madrid, varios: los panecillos de San Antón (17 de enero), las rosquillas del Santo (15 de mayo), los buñuelos de viento (1 de noviembre), los turrónes de Alicante y el mazapán de Toledo en Nochebuena. Los típicamente madrileños son panecillos, rosquillas y buñuelos.

Los panecillos deben su expansión a los Escolapios; los buñuelos de yema, a no recuerdo qué monjitas, y las rosquillas, a la Tía Javiera, que venía todos los años desde Fuenlabrada. No estoy muy seguro de la existencia real de la famosa vieja, cuyo rostro, supuesto, se perennizó en las caretas carnavalescas. Había sido rubia, de un rubio de trigo; tenía el cabello blanco; se peinaba con raya en medio —como la calle de Alcalá—, con tres rodetes: los aladares y el moño.

Sus ojos azules reían más que la boca desdentada. Era pequeña, como lo suelen ser las mujeres de Madrid y su provincia, con el pie breve.

Fué una institución, real o imaginaria, en la Romería, cuando la Pradera y cuanto rodeaba la Ermita de San Isidro era una auténtica, alegre y colorida feria.

PITOS DEL SANTO

Madrid se volcaba en su romería. En la Puerta del Sol, plazas Mayor y de la Cebada, glorieta de Atocha, *aparaban*, como se dice ahora, unos grandes carrmatos, semejantes, algunos, a los *mails coachs* de carreras, precursores de los autocares, sin techo, con tiros de cuatro y seis caballos, que pedían la recia mano de aquel Juan Muñoz que iba a llegar a Duque de Ríansares.

Unos mocetones en mangas de camisa, atlantes que más de una vez apoyaron sus hombros para que arrancase el coche, gritaban con voz de Estentor: «Al Santo, al Santo!».

Emprendían la carrera por la ruta de San Isidro: calle de Toledo, Fuentecilla, la Puerta que *debemos* a José Bonaparte, el Puente de Toledo con las hornacinas barrocas de Isidro y María de la Cabeza, el camino de San Isidro, por donde transitaban los entierros destinados a San Isidro y la Sacramental de San Justo, con sus cocheros de chistera ladeada, pitillo en la oreja, levita color ala de mosca y pantalones grises, bordeando la Pradera, donde un centenar de organillos mezclaban el chotis con mazurkas, habaneras y pasacalles, las cuatro castizas músicas, madrileñas de adopción, como los chulos de Arniches derrotando a los menestrales de don Ricardo de la Vega.

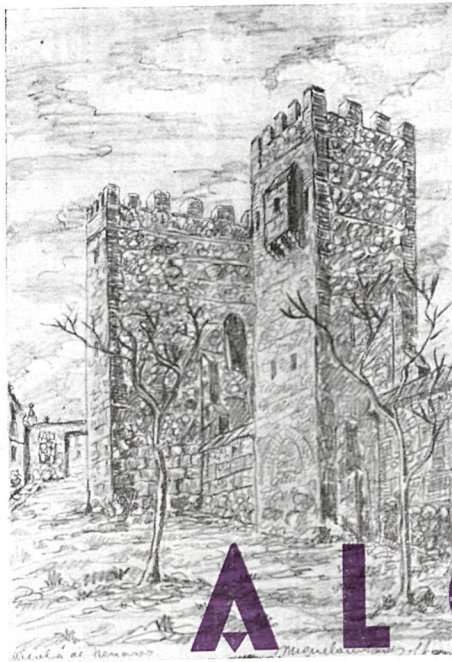
A la vuelta —en aquel Madrid, el vino se bebía en boca— el griterío *era de órdago*. En el retorno aparecían los pitos del Santo; ensordecían. ¡En cuántas casas de los barrios castizos se conservan todavía los famosos pitos, con sus flores de papel rizado, en el esquinazo de un espejo isabelino!... Reliquia de una noche feliz, cuando el señor Paco y la señora Alifonsa eran jóvenes.

¡Madrid del 900, estrenando siglo, y no d rribando, ni con el pensamiento, las casas viejas donde nacieron sus hombres gloriosos!

¡Tiempo en que el alma de Madrid estaba encerrada en un organillo, puro Chueca, y no se conocían la música negroide ni la sincopada! «Tiempos dichosos aquellos, a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados...»

P.

(1) Calle de Toledo, la Puerta y terrenos del Puente, que hoy muestra su efigie en hornacina.



ALCALÁ DE HENARES

Reproducimos el prólogo que abre las páginas de la obra de Miguel Ourvantzoff, titulada "Alcalá de Henares", en la que se recogen quince bellas estampas de esta ciudad, y del que es autor nuestro Director y Jefe de la Oficina de Prensa, Antonio Gullón Walker. La portada del libro está reproducida en la información gráfica que se publica en este mismo número de CISNEROS sobre la labor editorial de la Diputación.

LAS ciudades ¿tienen su «genio»? Esta es la pregunta que se hace ese gran biógrafo de ciudades extranjeras que es Eduardo Aunós, y a la que contesta afirmativamente, añadiendo, para reafirmar su oficio, que si estos núcleos urbanos son obras de los hombres, y los hombres tienen su genio, es en extremo natural que se incorpore a ellas el «ángel tutelar» o «demonio» que actuó de inspirador.

Alcalá de Henares, afortunadamente, también refleja el «genio» de sus fundadores. Y calificamos de afortunada esta circunstancia porque mucho y bueno había en el «genio» de los hombres que la hicieron o crearon. La historia de Alcalá de Henares se remonta a muy lejanos tiempos, y si vemos que tuvo sus orígenes en IPLACEA, a la que siguió Cómpluto, y a Cómpluto nada menos que Alcalá. Pues bien, el corto espacio de que disponemos, e incluso la misma categoría del trabajo —prólogo significa simple advertencia o mera declaración—, no nos permite entrar de lleno en disquisiciones más o menos eruditas. Sin embargo, diremos que, de dicha sinopsis o trayectoria histórica, se deduce que Alcalá de Henares, a través de los años —que en ellas son siglos—, ha ido sedimentando en su acervo cultural algo que ha hecho a esta ciudad un tanto fabulosa, como fábula es para muchos la primitiva «Iplacea»; noble y digna como la antigua Cómpluto; religiosa como la Alcalá de sus Santos Mártires Justo y Pastor, y severa, austera y magnífica como el espíritu cardenalicio que le diera vida universal.

«Acampada en espaciosa llanura, en la margen derecha de su río oculto entre alamedas», la ciudad de Alcalá de Henares dista tan sólo poco más de 30 kiló-

metros de la capital de España, la que con su prepotencia económica y cultural ha ido oscureciendo el esplendor que alcanzara en otro siglo. Su actualidad es como el color mate que ennoblece las mejores páginas de un libro antiguo. Así lo atestiguan sus murallas medio derruidas en muchos lugares, y sus iglesias que permanecen en pie —la Colegiata fué destruída en tiempos revolucionarios—, aunque no tenga la arquitectura altiva y esbelta de nuestros mejores monumentos religiosos, y, sobre todo, la Universidad, que al yacer sus moradores, no es ya faro, luz o guía del intelecto. Y sin embargo, Alcalá de Henares sigue siendo la fabulosa Iplacea, la heroica Cómpluto y la docta Ciudad Universitaria. ¿Cuál es la causa de este hecho? Una muy simple: que el proceso histórico ha ido conformándola lenta, pero implacablemente. Por eso, cuando el lector llegue a Alcalá de Henares, deberá procurar no ir con demasiada prisa. Posiblemente su primera impresión será un tanto decepcionante por lo que se ofrezca a su vista. Al turista se le debe recomendar que su actitud no sea demasiado absoluta, que intente ir entrando paso a paso en contacto con esta tranquila y sugestiva ciudad, en la que, a pesar de su regusto a pretérito, no se ha detenido el tiempo. Sólo así comprenderá a Alcalá de Henares, lo que es en su propia pequeñez y en su propia grandeza. Sólo así logrará adentrarse en todo su hondo significado religioso, patriótico-cultural. Pero es más, si el viajero retorna a Alcalá tras haber estado en cualquier otra ciudad más moderna y de mayor bullicio, hallará sosiego y tranquilidad, como ocurre después de una jornada ajetreada cuando el espíritu encuentra descanso en la lectura de un viejo relato que nos es conocido.

Parecerá extraño, pero Alcalá de Henares es casi ignorada por el gran público. La ciudad española que durante muchos siglos fué, junto con Salamanca, la más universal de todas, dentro de su esencia y sustancia españolista, no ha calado en las inquietudes viajeras de nuestros compatriotas. Ello se debe, entre otros motivos, a la falta de propaganda turística —su única guía meritoria se agotó hace tiempo— y a la terrible competencia que viene haciéndole desde el siglo pasado la capitalidad de Madrid. Así es bien justo que hoy, cuando las piedras de Alcalá de Henares han dejado de dormir el sueño de los siglos —el Alcalá de 1957 es un pueblo próspero, rico en agricultura, comercio e industria—, al avergonzarnos del olvido de los hombres, evoquemos sentimentalmente las glorias que se han posado sobre estas piedras, aunque tan sólo sea porque aquéllas ya no volverán.

Piedras gloriosas que ha sabido reproducir magistralmente el pincel, rico en colores y matices, de un pintor españolizado: Miguel Ourvantzoff, gran amante de España, que recientemente ha celebrado con extraordinario éxito una Exposición de Acuarelas, en las que plasmó con excepcional maestría las principales bellezas complutenses. ¡Qué triste signo el de España, predestinada desde antiguo a ser descubierta por ojos extraños que saben mirar y ver mejor que nosotros a nuestro propio país!

La Universidad, el palacio arzobispal, el convento de las Bernardas, las murallas alcalaínas, la calle Mayor y, en fin, otros aspectos urbanísticos y arquitectónicos de Alcalá han sido exaltados con este bello libro por la lírica de las líneas. Para mí, Miguel Ourvantzoff no es un pintor de la actualidad, de la ciudad que vive y lucha, sino un pintor del espíritu. Mirad sus litografías y os daréis cuenta de lo preciso de dicha afirmación. En sus grabados no sólo hay líneas —líneas, naturalmente, sabia y artísticamente trazadas— y hondas perspectivas, pues si os detenéis a contemplar, por ejemplo, esas bellas estampas que titula «Patio Trilingüe», o «Calle Mayor», se os antojará que una alegre juventud, la que pobló sus aulas y otros lugares no tan sabios, deambula aún por su calle porticada o bajo las bóvedas de los Colegios Mayores. Tal es la singularidad de su arte; tal es su compenetración amorosa con el tema.

El viaje a Alcalá de Henares, como he dicho al principio, es corto y por buena carretera, pues a ella se llega por vía principal. Y sin embargo, cuán pocos son los madrileños que la conocen, cuán pocos son los que se han trasladado a esta ciudad para contemplarla, a esta ciudad, vieja y noble por su historia, que sin ser hoy lo que ayer fué, aún conserva mucho que admirar. Por ser así, y esta afirmación no queda, estoy bien seguro de ello, comprometido el buen juicio que podáis formar sobre mi gusto, yo insto al lector a que pronto se decida a realizar este viaje y que, sin dudar más, señale fecha cercana para contemplar en la realidad las bellezas que os ha mostrado un ilustre pintor. Cuando regreséis de Alcalá, volveréis con el alma hondamente impresionada. Durante mucho tiempo permanecerá en vosotros el recuerdo de sus desnudos muros, de sus calles recoletas, de sus modestos, pero bellos templos; mas, sobre todo, regresaréis íntimamente afectados por la soberbia humildad con que guarda sus glorias magníficas. No es la menor la de haber sido cuna del Príncipe de las Letras españolas, Miguel de Cervantes y Saavedra. Recuerdo permanente en el alma de todo español, se aviva entre las piedras de Alcalá; piedras a las que, indudablemente, dirigió Miguel de Cervantes una melancólica mirada cuando su figura se perdió por la carretera en busca de la gran aventura que fué su vida.

A. G. W.

PLAN DE EXTENSION CULTURAL

DADA la honda trascendencia inherente a la misión cultural que la Diputación madrileña tiene atribuida por las disposiciones vigentes relativas a esta materia, y siguiendo su trayectoria en esta fase de sus actividades, aprobó, en una de sus últimas sesiones, un plan consistente en la creación del Servicio de Extensión Cultural, dotándole del Grupo Escolar Móvil y de los Centros y Equipos comarcales correspondientes, de acuerdo con el dictamen favorable de la Comisión Especial designada al efecto y en virtud de la autorización concedida al Diputado Presidente de la Comisión de Educación, don Ezequiel Puig y Maestro-Amado, prestigioso pedagogo.

Este nuevo Servicio, que ha de repercutir sensiblemente en el estado cultural de los distintos pueblos de la provincia de Madrid, se realizará en estrecha colaboración con la Dirección General de Primera Enseñanza y la Comisión de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional.

No podemos dejar pasar inadvertidamente la importante aportación económica que la Diputación de Madrid destina a esta empresa, realmente patriótica. Esa cantidad asciende a la suma de 1.350.000 pesetas.

Esta elevada cuantía pecuniaria es la expresión firme y decidida del entusiasmo que anima a la Diputación madrileña en esta loable campaña pedagógica, que aspira a disipar, en todo lo posible, las espesas nieblas que tradicionalmente han impedido a la generalidad de los campesinos incorporarse a la luz de la cultura.

Mas la Diputación, dándose perfecta cuenta de la dilatada envergadura de la empresa que afronta, en unión de los organismos oficiales anteriormente citados, considera que su contribución económica es susceptible de ulteriores ampliaciones, como consecuencia de las necesidades no previstas inicialmente que pudieran surgir en el desenvolvimiento de su plan.

Es indudable, por tanto, que al enfocar la Diputación este complejo problema con un criterio tan certero en sus líneas generales, el éxito ha de coronar en un futuro próximo —cuando su obra haya alcanzado sus fundamentales finalidades— sus desvelos en pro de la cultura popular.

En consonancia con este noble objetivo, es evidente que la Corporación provincial realizó ya con anterioridad, en este círculo de sus manifestaciones instructivas, una intensa labor divulgadora, eficaz y perseverante, principalmente en lo que afecta a la notable reducción que el analfabetismo ha experimentado en los pueblos de la provincia, hasta el punto de haberse extinguido totalmente, en algunos de ellos, esa lamentable ceguera mental que incapacita a los que la padecen para el ejercicio de sus más simples funciones ciudadanas.

Esta conquista, verdaderamente difícil, por la concurrencia de una multitud de factores que se oponían tenazmente a su feliz consecución, es justo atribuírsela a la acción eficiente y positiva de los Centros Pedagógicos, sin cuya colaboración previa no sería posible realizar en estos momentos ningún plan de efectividad práctica en el dilatado ámbito de una superior instrucción campesina.

Como se observa, la actuación de la Corporación madrileña, a cuyo frente figura el ilustre Marqués de la Valdavia, no se ha centrado solamente en la adquisición de los imprescindibles conocimientos que son indispensables a los que, desgraciadamente, carecen de ellos —por sus escasas o nulas posibilidades pecuniarias y por las características del ambiente en que viven, sino también en la necesidad apremiante e imperiosa de elevar el nivel moral del agro provincial.

Para obtener esta victoria en el mundo de las cualidades éticas, el vehículo adecuado es la cultura. Esta selecta flor del espíritu robustece y solidifica las relaciones humanas; desvanece y borra los absurdos antagonismos, que son la tumba de la armonía social; destierra y proscribte de las palpitaciones de nuestro corazón toda clase de reminiscencias elementales y primarias; depura, eleva y elegantiza nuestras palabras y nuestros gestos, y nos depara, en fin, un distinguido patrimonio de virtudes cívicas que esmalta todos nuestros actos en la vida social.

Según los últimos informes facilitados por el señor Puig y Maestro-Amado acerca del iniciado desarrollo de la campaña de extensión cultural (que abarca, como es lógico, los aspectos sanitario, agrícola, profesional y educativo), los primeros frutos alcanzados son altamente satisfactorios, no solamente por la comprobada competencia y especialización de las personas que intervienen en estos actos, sino además por la profunda simpatía que ha despertado en los numerosos núcleos campesinos la difusión de estos conocimientos, tan íntimamente vinculados a su cotidiana labor.

De lo expuesto se colige que la Diputación madrileña, cuya atención está solicitada insistentemente por otras muchas facetas privativas de sus atribuciones, ha puesto complacidamente su celo, su actividad y su entusiasmo en esta plausible campaña de extensión cultural, prólogo magnífico que ha de influir decisivamente en el proceso evolutivo de la mentalidad campesina.

ANGEL BOLADO ALLENDE